

## Homenaje al CXXX Aniversario de la Academia Nacional de Medicina

---

### Discurso de orden: “La literatura en la sociedad peruana”

---

Dr. Marco Martos Carrera

---

#### Resumen

El texto hace un recorrido sintético por la literatura del Perú, desde el punto de vista de la sociedad en la que se genera, resaltando algunos nombres y obras que resultan emblemáticos.

Palabras clave: literatura, sociedad peruana, obras y autores emblemáticos.

Se acostumbra en literatura a recurrir al esquema de la comunicación tal como se enseña en los colegios y universidades para explicar su peculiaridad y su entraña. En ese cuadro mental que todos conocemos el autor tiene un lugar de importancia. Decimos Inca Garcilaso de la Vega o César Vallejo y de inmediato nuestra imaginación se puebla de ciertos contenidos que la sociedad nos ha dado. Una cosa diferente es tratar con los textos que estos u otros autores nos han entregado y que hasta cierto punto son independientes de las propias personas que los han escrito. Esa característica se ha dado en llamar “inmanencia del texto” y estuvo muy de moda en los estudios literarios de hace unas décadas. Pero los textos literarios no serían nada si no existiesen los oyentes o lectores que los reciben, sufren su impacto y a veces los modifican según su gusto y gana. Los textos literarios, y los de cualquier otra índole, no se dan en abstracto, no se producen en laboratorios asépticos, responden a un tiempo, a una circunstancia, a

una sociedad determinada, y cuando son leídos también responden al momento de la lectura, a la naturaleza del lector, a sus renovados intereses. Así ocurre en la literatura y en la historia, en la ciencia, en todo lo que los seres humanos han creado. Cuando leemos a autores del siglo XIX que se ocupan con tanto detalle de la sociedad de la antigua Roma, tenemos la ilusión de que todo está dicho sobre esa ciudad eterna en nuestros sueños. Pero cuando nos adentramos en el siglo XX y en el siglo XXI otros escritores nos llaman la atención sobre temas que habían sido soslayados o ignorados por los historiadores más antiguos: la importancia de la mujer en la sociedad romana, las características de la vida cotidiana. En el caso literario, las sociedades influyen poderosamente en lo que se escribe y también en la manera cómo se lee. Y de eso tratan estas cuartillas apresuradas.

En el momento de la llegada de los españoles a nuestro territorio, obviamente el Perú no existía como nación. Las múltiples formas de organización que encontraron los insulares, eran muestra de la existencia de numerosas culturas, lenguas y formas artísticas. Cuando hablamos de literatura del Perú, haríamos bien en aclarar que hay formas literarias en lenguas diferentes a la castellana: quechua, aimara, y aquella otra expresada en las lenguas de nuestra selva, unas cuarenta por lo menos. Pero puesto que la lengua franca de nuestro territorio es el español o castellano, esta breve exposición se limitará a

ella, con la atingencia ya dicha. Sin duda, el primer escritor nacido en el Perú que merece el nombre de tal es el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), hijo de un conquistador español y de una princesa inca, que fue en su escritura un intermediario de los mundos representados por sus padres. Su libro más conocido, los *Comentarios Reales*, publicado en 1609 trata de la fundación, la expansión y el colapso del imperio incaico y tiene un conocimiento exhaustivo de la sociedad a la que alude, porque en su infancia y juventud había asimilado información sobre el pasado incaico de sus parientes maternos y de sus propias relaciones de amistad con los pobladores lugareños. La discusión sobre si Garcilaso es historiador o escritor, ha perdido con el paso del tiempo importancia. Aunque su propósito fue histórico, el de corregir versiones de algunos cronistas, la razón por la que prevalece hoy día es de raíz literaria. Es interesante lo que el Inca dice, pero lo es más por la perfección formal con la que escribe. No existe, en su época, ningún otro escritor americano de tanta gala literaria. Su lenguaje alquitarado, de estirpe renacentista, solo puede ser comparado al del propio Cervantes, con quien probablemente alternó en el pueblo de Montilla y en Córdoba, donde ambos vivieron en los años finales de sus vidas. En sus escritos Garcilaso va más allá de lo que era norma en las crónicas medievales y procura dar una interpretación imaginativa de los hechos del pasado, de tal manera que su prosa se acerca a la prosa de ficción, por lo cuidadosa y precisa y por eso ha durado en el tiempo y llega lozana hasta nosotros. Hay algo que nos atañe directamente y que está expresado con luminosidad por Garcilaso: la idea de patria, ese vínculo misterioso con la tierra en que vivimos, con su pasado y, sobre todo, con el deseo de vivir juntos en el futuro. Esa prosa de apariencia simple, es muy pulida, recurre a procedimientos literarios conocidos por los entendidos que dan la impresión al lector de textos ligeros, que tienen mucha penetración en una especie de zurcido invisible que mantiene vivo el interés del lector.

El otro autor que suele mencionarse al lado de Garcilaso es Felipe Guamán Poma de Ayala (1535-1615), quien en su libro *Nueva crónica y buen gobierno* de 1615 que tenía como destinatario al rey de España, se propone dar información al monarca sobre sus dominios peruanos y darle consejos sobre las reformas que le parecen necesarias para el buen gobierno del virreinato. La obra expresa bien el momento que vivía la sociedad peruana y resulta de mucha utilidad contrastarla con la escritura de Garcilaso. Mientras Garcilaso escribe en un español depurado, que si no fuese por los temas, parecería

de un peninsular, Guamán Poma, cuyos asombrosos dibujos llaman poderosamente la atención, pergeña sus escritos en un castellano lleno de vacilaciones, con malas concordancias, con un marcado sustrato quechua. ¿Es esto malo o bueno? No es ciertamente una prosa ejemplar, pero testimonia lo que realmente ocurría en la sociedad: el difícil apoderamiento de los nativos de estas tierras de una lengua que les era extraña. Mientras Garcilaso pertenecía a las élites, Guamán Poma era la expresión de la gente común.

Los idiomas se desplazan por el mundo de diferentes maneras, por la cantidad de sus hablantes, por el prestigio social de una lengua o por la fuerza. Y ha sido ésta el motor de la presencia del español o castellano en las tierras americanas. Los conocedores de la poesía peninsular recuerdan bien algunos versos del poeta petrarquista español Hernando de Acuña que sirvió a Carlos V y a Felipe II. Dirigiéndose al primero, escribió:

#### Al Rey Nuestro Señor

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada  
la edad gloriosa en que promete el cielo  
un grey y un pastor solo en el suelo  
por suerte a vuestros tiempos reservada;

ya tan alto principio, en tal jornada,  
os muestra el fin de vuestro santo celo  
y anuncia al mundo, para más consuelo,  
un Monarca, un Imperio y una Espada;

ya el orbe de la tierra siente en parte  
y espera con toda vuestra monarquía,  
conquistada por vos en justa guerra,

que, a quien ha dado Cristo su estandarte,  
dará el segundo más dichoso día  
en que, vencido el mar, venza la tierra.

(Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005)

Un monarca, un imperio y una espada era el sueño imperial que se cumplió en América, mejor que la propia España. En el cañón de los arcabuces y en la punta de las dagas viajaba la lengua. Las huestes de Pizarro y Almagro traían un idioma que todavía no había fijado definitivamente sus estructuras, y que estaba sumando un vocabulario de distintos orígenes. Algo de lo que

ellos portaban, un léxico que luego se fue modificando y desapareciendo en alguna proporción se quedó en algunos lugares vivo y actuante, por aquel fenómeno que Ferdinand de Saussure llamó espíritu de *campanario*. Así palabras como enantes, hace un momentito, o pezpita, coqueta, se quedaron entre nosotros. Solo en años recientes ha disminuido el uso de enantes en la lengua culta peruana, mientras que *pezpita* sigue siendo de uso corriente en el habla del norte, en la región de Piura donde se pueden escuchar frases como ésta: “Esa pezpita les pela las muelas a todos los hombres que pasan.” No está demás recordar que la mujer aborigen que mereció la atención afectiva de Francisco Pizarro era apodada precisamente “la pezpita”. La palabreja aparece en el Diccionario de la lengua como sinónimo de “pizpita” o “lavandera blanca”, un ave de la región de Extremadura que luce una cola de múltiples colores. El castellano que vino a América no vino de una vez por todas, sino que siguió viniendo en carabelas a lo largo de tres siglos y ahora mismo a través de las ondas de la modernidad. Solo que el viaje no es de un solo lado, sino que es de ida y vuelta y el castellano de los americanos tiene una vigorosa presencia en el conjunto de la lengua y eso significa que las lenguas que hallaron los españoles sobre los territorios que invadían, influyen primero sobre el español americano y después sobre el conjunto de la lengua. La lengua que hablamos y que escribimos es propiedad de todos los hablantes. El secreto de su fuerza es que tiene una estructura inamovible, una sólida sintaxis compartida por todos los hablantes, desde la época de Cervantes, y a ello debemos agregar otra circunstancia demostrada, compartimos también un noventa por ciento del vocabulario y el otro diez por ciento lo aprendemos sin fatiga, cuando lo necesitamos, en cada lugar que llegamos. Ángel Rosenblat imaginó o supo la pequeña historia de un turista español que llega a México y puede leer un cartel que dice: “se prohíbe a los materialistas estacionarse en lo absoluto” y se quede perplejo imaginando que la especulación filosófica ha llegado a los municipios” para descubrir más tarde que los mexicanos llaman a los transportistas “materialistas” porque trasladan materiales. Días más tarde un chilango, es decir un habitante de la capital, le dice esta frase enigmática: “Lo invito el sábado a comer en la casa de usted”. Solo después de un rato de perplejidad pudo descubrir que “la casa de usted” es la casa, en México, del que está hablando. Al llegar a Colombia este infatigable español pudo descubrir que ahí “tinto” no es un vino como en Madrid o Lima, sino un café. Y que esos pequeños promontorios de cemento, las gibas españolas que dificultan la marcha de los autos

en la calle, se llaman “policías acostados”. Ese turista de haber llegado al Perú se habría sorprendido también con el nombrecito nuestro “rompemuelles”.

Y aquí viene una cuestión central que nos concierne a todos los americanos que estamos en el orbe hispano, culturalmente ¿quiénes somos, qué representamos? Muchos han reflexionado estos temas, pero un estudioso que ha dado una respuesta al mismo tiempo global y específica es la que ofrece el cubano Roberto Fernández Retamar en su texto *Calibán* (Concepción, Chile 1998) y en otros escritos que ha ido produciendo a lo largo de décadas. Calibán es el americano que aprende una lengua metropolitana y que generalmente no tiene una lengua indígena propia con la que expresarse. No representa casi nunca a todos los individuos que tienen la lengua indígena como materna, pero sí a los individuos que tienen un idioma que fue colonizador y que de alguna manera se oponen al discurso dominante. Calibán es para Retamar símbolo de la colonización lingüística, pero también del aprendizaje del lenguaje colonizador y consiguientemente, del habla defectuosa y balbuceante, de la segregación de los que no tienen un dominio de la lengua, y de la hibridación del lenguaje colonizador en contacto permanente con las lenguas indígenas. Hay un escritor peruano, Efraín Miranda que ha expresado con palabras de la lírica esta tensión idiomática:

La gramática española cuelga desde Europa  
sobre mis Andes,  
interceptando su sincretismo idiomático.  
Sus grafías y fonemas atacan con los caballos  
y las espadas de Pizarro.  
Mi lenguaje resiste, se refugia, lo persiguen,  
lo desmembran.

En tantos siglos de guerra intercultural  
todas las vallas hemos perdido.  
Ellos tienen todos los elementos a su alcance:  
y sus soldados intelectuales;  
los nuestros, nada, un agrupamiento, pasivo  
al modo tupacamaru segundo.

En mi choza ha caído la mano perdida del Manco de Lepanto  
con vidrios, ácidos, alfileres  
que contorsionan mi lengua  
y sangran mi boca.

Sin duda, de este conflicto cultural que Miranda expresa con rotundidad en un castellano standard, surgen múltiples caminos para entender la cultura del Perú. Miranda expresa en el siglo XX un hecho que viene desde el siglo XVI, la imposición de una lengua en un territorio que tenía muchas otras. En ese contacto de lenguas, la lengua vencedora, no deja de tener las huellas de aquellas con las que comparte el territorio, como el quechua y el aimara y las cuarenta lenguas amazónicas registradas, e incluso de aquellas que desaparecieron en poco o mucho tiempo como el sec, el tallán, el lenguaje de Olmos, el culle, el mochica. Y ese es el castellano que hablamos, nuestra lengua franca en todo el territorio nacional, es un castellano andino que influye la lengua general y que ha conseguido incorporar muchos vocablos nuestros al marco del español americano y a la misma lengua general con palabras como “papa” o “cancha” que se encuentran y se dicen en todos los rincones donde se habla castellano.

A lo largo de los siglos ha habido, y ahora mismo hay, distintas posibilidades en el manejo de la lengua española. Sin duda el Inca Garcilaso es el primero modelo literario de un peruano que domina cabalmente la lengua castellana y que se expresa de manera alquitarada en un lenguaje de marca renacentista. Así mismo, a pesar de algunos estudios lingüísticos que aseguran aparentes descuidos u olvidos que el Inca tuvo de la lengua quechua, la opinión mayoritaria, señala que el Inca tuvo un conocimiento de detalle de la estructura de la lengua aborígen que funciona como sustrato en su castellano impecable. Literariamente, históricamente, Garcilaso es el primer representante del castellano hispanoamericano digno de mención. Y esa es la línea en la que se colocan varios de los mejores escritores nuestros que funcionan como modelos. Así es Ricardo Palma, emblemático, no solamente por su escritura literaria, sino por su actitud de defensa cerrada del castellano andino. Muchas veces nos quedamos en lo anecdótico cuando nos referimos a su enfrentamiento con la Real Academia Española en 1892, a propósito de la incorporación de vocablos nuestros al diccionario de la corporación. Palma es sin duda un lingüista intuitivo que se adelanta en muchas décadas a algo que es común, el derecho de cada hablante a hablar la lengua que aprende desde niño, de la manera que la ha heredado. Es moneda común entre los lingüistas, reconocer que en las lenguas regionales, de las provincias, los países o los continentes, viven simultáneamente, la lengua general *standard* y las lenguas particulares. De manera que es legítimo y pertinente hablar como sabemos. Y eso Palma lo tenía

muy conocido y era su bandera de lucha. La creación de la Asociación de Academias de la Lengua Española en México 1951, merced a una iniciativa del presidente de ese país Miguel Alemán, señala de manera significativa que el poder sobre la lengua tiene que ser compartido entre todos los hablantes. Y la aparición del Diccionario de Americanismos en 2010, el DA, con la misma asertividad que el DEL, el Diccionario de la Lengua que antes se llamaba DRAE, es señal de que se camina en la dirección correcta. Nuestros escritores de fuste se expresan siempre en un castellano americano. Un lingüista español, radicado mucho tiempo en Piura, Carlos Arrizabalaga, ha estudiado con minucia los peruanismos que utiliza Mario Vargas Llosa y los ha señalado con toda precisión. En sus primeros años de escritor estos peruanismos abundan y poco a poco van disminuyendo, lo que es natural por los frecuentes cambios de residencia del novelista y tal vez también, añadimos, por los lectores que tiene en mente. Sin embargo, añadimos, en sus últimas novelas, *El héroe discreto* y *Cinco esquinas*, las voces del Perú vuelven a reaparecer de manera significativa. César Vallejo que nos representa tan bien en el mundo de la poesía tuvo una conciencia clarísima de su manejo de la lengua en toda su actividad literaria. Como Palma o como Garcilaso conoce bien las estructuras del idioma, habla y escribe en el castellano del Perú como cuando dice:

Fue domingo en las claras orejas de mi burro,  
de mi burro peruano del Perú, perdonen la tristeza.

O cuando dice, presumiblemente dirigiéndose a lectores españoles:

Así se dice en el Perú, me excuso.

Imagino que para los correctores es una delicia leer los libros de autores de estas características. Y cuando trabajamos en las imprentas libros de naturaleza no literaria, protegidos por nuestros conocidos diccionarios, la pasamos bastante bien. El problema viene con los que escriben diferente y que merecen el mismo respeto que los primeros. Son los rebeldes, con causa o sin ella. ¿Qué hacer? ¿Cómo editar a Felipe Guamán Poma de Ayala? No sé cabalmente cuál es la respuesta justa, pero me parece pertinente el trabajo de Carlos Aranibar que presenta dos textos simultáneamente, para satisfacer a todo tipo de lectores. Y que pone especial atención a los dibujos de este autor que son una maravilla, ¡sí señor! Estamos lejos de sostener, como alguna vez lo hizo Raúl Porras Barrenechea, de que este autor andino tenía “una jergonza bárbara”. Pensamos más bien que se trata de

un creador poderoso, dueño de una escritura intermedia, un embrión de una lengua que no llegó a crearse, "el peruano" como sí ocurrió en Haití con el créole, que se ha convertido en lengua nacional de ese país. En el siglo XX, otro autor, Gamaliel Churata, Arturo Peralta, con su *Pez de oro* intenta un camino similar. Churata es un claro ejemplo, de un hombre de tres culturas, pertenece, como diría Rodolfo Hinostroza, al extremo occidente, tiene un conocimiento pertinente de la tradición europea y se maneja con solvencia en el quechua y el aimara. Con alguna preponderancia del castellano, hace una mixtura lingüística difícil de entender por los legos e incluso por los entendidos. Editarlo sin errores es tarea descomunal. Algunos quieren añadir a José María Arguedas a este grupo mixturero. Sinceramente no me parece. Arguedas es literalmente un maestro, con un dominio superior de la lengua castellana y con un conocimiento profundo de la lengua quechua y se maneja con solvencia en los ensayos y en los libros académicos. Su castellano es andino peruano de gran hermosura. La mano que escribe es la de un gran conocimiento de la lengua, aunque muchas veces, como ocurre en su célebre novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, sus personajes se expresan en un castellano callejero, popular, trufado de voces quechuas, e inclusive con interferencias sintácticas de ese idioma. El autor se cuida muy bien, es un erudito, un doctor, que jamás se confunde con sus personajes.

Un caso especial del manejo de la lengua es Manuel González Prada, rebelde parcial en la escritura postulaba, como Juan Ramón Jiménez, el uso escritural de la "j" en palabras como "página". Esta pequeña rebeldía no llegó a ser sistematizada. Pensaba el ilustre escritor que el castellano del Perú debía ser influido por el alemán, inglés, francés, italiano y dejaba de lado la poderosa tradición de la lengua indígena. Sin embargo, contradictoriamente, pensaba que la esencia de la nacionalidad se hallaba en las estribaciones del Ande. Creo, sinceramente que González Prada, llevó al campo de la lengua sus postulados anarquistas. Y naturalmente no fue ajeno a los debates de su época en los que participaron ilustres intelectuales y gramáticos como Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Rufino José Cuervo, Rubén Darío y su propio antagonista, Ricardo Palma. Todo hace pensar que no tuvo una posición definitiva sobre el tema. Es curioso, pero en esta materia del lenguaje, el nacionalista es Palma y el extranjerizante es González Prada y es que su visión sobre la historia del Perú es radicalmente pesimista. Piensa que, en nuestro país, excluyendo a los europeos y al cortísimo número de blancos nacionales

o criollos, la población se divide en dos fracciones muy desiguales por la cantidad, los encastados o dominadores y los indígenas o dominados. Cien o doscientos mil individuos se han sobrepuesto a tres millones. Su visión sobre la literatura peruana y española es desoladora, considera que entre nosotros todo lo bueno y lo malo ha sido imitado y que el Perú no cuenta con un literato que por el atrevimiento y el caudal de sus ideas se levante a la altura de los escritores europeos y que fuera de Cervantes ningún escritor español disfrutaba de popularidad en Europa. Considera que es difícil imaginar lo que habrían realizado un Góngora, un Lope de Vega, un Quevedo, un Calderón si en lugar de vivir encadenados al Dogma hubieran volado libremente o seguido el movimiento salvador de la reforma.

Respondemos los decires de González Prada, como corresponde a los tiempos que corren, con moderado optimismo. Tuvo mucha fortuna el Perú al tener en sus principios como nación a un escritor como el Inca Garcilaso, un verdadero milagro de la escritura, una pera del olmo, como diría Octavio Paz, fenómeno que no se repitió en otra nación del orbe hispano americano en esos años. Fue también positivo el hecho, aunque casi desconocido en su tiempo, que apareciese un escritor como Felipe Guamán Poma de Ayala con su lengua peculiar que marca el deseo de los Calibanes, en voz de Fernández Retamar, de apoderarse de la lengua de los conquistadores. La legión de imitadores que hubo durante el virreinato cumplió sin duda un papel importante, preparó la originalidad definitiva de una tradición. En esos siglos, rescatamos las voces originales de Pedro Peralta y Barnuevo y de Juan de Espinosa Medrano, el lunarejo. Y entrando al siglo XIX, son precisamente los dos antagonistas, Manuel González Prada y Ricardo Palma, los protagonistas de la originalidad literaria peruana. Hubieron de pasar cuatro siglos para que nos surgiese un nombre de dimensión universal, César Vallejo. Su poesía tiene tal calidad e intensidad que es comparable a la de los mejores escritores del siglo de oro, Quevedo o Góngora, y no cede en potencia a la de ninguno de los más grandes poetas contemporáneos, sean estos Eliot o Pound, o Ungaretti o Quasimodo o Montale. Ningún autor americano, en el siglo veinte, en lengua española, ha expresado mejor el conflicto cultural de nuestras sociedades que José María Arguedas. Y Mario Vargas ha sabido llevar las características del castellano del Perú a todo el orbe hispano. La obtención del premio Nobel de Literatura en 2010 señala para él y para nuestra forma de hablar y escribir, un nivel de difusión nunca

alcanzado antes en todo el mundo. Pero hasta un premio Nobel necesita de los ojos diligentes de los correctores, lo expresó de manera simbólica Jorge Ninapayta, el corrector y escritor que escribió el cuento “García Márquez y yo, quien imagina a un editor que corrige en los talleres la novela *Cien años de soledad* y descubre, en una segunda lectura, que en algún lugar falta una coma, la coloca y luego con alegría puede comprobar que su coma es respetada por el autor y continúa apareciendo en todas las ediciones. Se cuenta, de manera graciosa, que Mario Vargas Llosa, leyó un artículo que se titulaba “Cincuenta errores de Vargas Llosa”, y en lugar de incomodarse con el autor de esa nota, Marco Aurelio Denegri, comentó a su editora: “contrátelo como corrector”. Los autores, inclusive los que más saben de ortografía y de sintaxis, siempre necesitan de correctores. Seis ojos, aparte de los míos han vigilado estas cuartillas, para no decir dislates ante un público tan ilustrado. Quisiera terminar esta exposición con un poema de Leopoldo Chariarse, poeta peruano nacido en 1928, de insólita belleza:

#### Aprendizaje

Por la chicha morada y los limones  
y olorosos y efímeros jardines  
de mi ciudad de oscuros callejones  
soñé ser energúmeno que indómito  
noche y día escribiera alejandrinos  
o endecasílabos dejando atónito  
al mejor rimador de mis sobrinos  
y también supe poner freno al asco  
que me causaban ya mis propios trinos  
por preferir la lechuga al churrasco  
y metáforas al hablar corriente  
o mazamorra al buen turrón que masco  
pero aprendí del místico pariente  
que también vive en mí la voz serena  
a escuchar y en el ámbar del poniente  
o en las playas el oro de la arena  
a disfrutar la paz de lo existente

#### Bibliografía

- Cornejo Polar, Antonio. *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima. Centro de Estudios y publicaciones. 1989
- . *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima. Centro de Estudios Literarios Antoni Cornejo Polar. 2003.
- Garatea, Carlos. *Tras una lengua de papel. El español del Perú*. Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú. CP 2010.
- Fernández Retamar, Roberto. *Todo Calibán*. Concepción. Cuadernos Atenea. 1998.
- Garcilaso de la Vega Inca. *Comentarios Reales de los Incas*. (Edición, índice analítico y glosario de Carlos Aranibar). México. Fondo de Cultura Económica. 1971.
- González Prada, Manuel. *Ensayos 1885-1916*. Edición, introducción y notas de Isabelle Tauzin Castellanos. Lima. Universidad Ricardo Palma. 2009.
- Guamán Poma de Ayala, Felipe. *Nueva crónica y buen gobierno*. Lima. Biblioteca Nacional del Perú. 2015.
- Lienhard, Martín. *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico cultural en América Latina 1492-1998*. Lima. Editorial Horizonte 1992.
- Miranda, Efraín. *Chozo*. Empresa Editorial Humboldt. Lima, 1978. Pp.
- Palma, Ricardo. *Papeletas lexicográficas*. Lima. Academia Peruana de la Lengua. Universidad San Martín de Porres. 2003.
- Rivarola Rubio, José Luis. *Lengua, comunicación e historia en el Perú*. Lima. Lumen. 1985.
- Vallejo César. *Obra poética*. Prólogo y notas de Marco Martos. Lima. 2014.

Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.  
(2005).[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com). Recuperado el 09 de abril de 2018, de <http://www.cervantesvirtual.com/obra/sonetos-de-hernando-de-acuna--0/>